

Agra:
Pehlwani en el arte de las miniaturas



Pedro Martín González

Después de un tiempo abandonaba Delhi con la intención decidida de viajar a la ciudad de Agra. Lo hacía con el propósito firme de encontrar otros *akharas* de *Kusthi*. Quería, además, toparme con el paisaje que en un pasado ya muy lejano envolviera la Corte del Emperador Shah Jahan, quien fuera, también, prolífico constructor, militar empecinado y amante de un arte de fusión de estilos que, transcurridos varios siglos desde su declive, ha llegado a denominarse por algunos especialistas: arte indo-islámico.

Ajusté el viaje en las callejuelas de la vieja Delhi y, una vez detallada la ruta a seguir y atados todos los cabos con el conductor, que también me serviría de guía, salimos de la Capital a primera hora de la mañana.

Las etapas se sucedieron sin dificultad y aunque el tráfico es siempre caótico en las carreteras de la India, llegué a mi destino sin altercados. Era ya noche cerrada, tenía el tiempo justo para encontrar un pequeño hotel, leer de nuevo las crónicas acerca del mogol Aurangzeb escritas por el médico, aventurero y cronista francés Francois Bernier, y quedarme dormido.

Quizá el monumento más emblemático del arte mogol sea el Taj Mahal, auténtica joya arquitectónica que destaca no sólo por su belleza, también por su extraordinario diseño. En 1983 la UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad y hoy en día es icono y referencia de la nación India en todo el mundo.



Taj Mahal

El Emperador Shah Jahan (1592/1666), había hecho de la Ciudad de Agra la capital de su Imperio y, a pesar de trasladar la Corte a Delhi durante unos años huyendo, como defienden algunas crónicas, del insoportable clima de Agra, volvería finalmente allí para terminar sus días confinado en la fortaleza que él mismo mandara construir, recluso en su Fuerte Rojo, obligado por su propio hijo, Aurangzeb, quien, curtido en las guerras del Deccan, llegaría a hacerse con el trono del Imperio al flaquear el poder de su padre, a quien desplazaría del trono, deshaciéndose también de sus adversarios: sus hermanos Muhammad Shuja, Murad Bakhsh y Dara Shikoh.

En honor a la memoria de la que fuera su esposa, Mumtaz Mahal, Shah Jahan, quinto *Gran Mogol*, construiría en Agra el Taj Mahal y, además, el Fuerte Rojo; en Delhi, levantaría su espectacular Fuerte y la mezquita de Jama Masjid; y en la Ciudad de Lahore, en Pakistán, proyectaría los jardines de Shalimar, entre otras obras célebres.



Shah Jahan

Hacia el emblemático *Taj* me dirigí a primera hora de la mañana. Llevaba conmigo ese libro que me acompañaba en aquel periplo desde mi llegada -“*Viaje al gran Mogol, Indostán y Cachemira*”- donde Bernier, describía la Ciudad de Agra durante su estancia de más de dos años en la Corte del sexto *Gran Mogol* en el siglo XVII.

En aquellas cartas que el escritor remitiera a sus más íntimas amistades diseminadas por las principales ciudades europeas, se detalla con minuciosidad la belleza arquitectónica de la capital y, también, las razones de su diseño, se hace mención a los palacios que, a decir del cronista, en nada envidiaban a los que pudieran encontrarse en París o en cualquier otra gran ciudad occidental, se loan los espacios ajardinados y se exponen las indumentarias con las que los ciudadanos pretendían mitigar los rigores del verano indio.

Acerca de Agra, Francois Bernier dejó escrito:

“Agra tiene sobre Delhi la ventaja de que, siendo una villa donde los reyes han morado desde luengos años, a saber, desde Akber, que la hizo construir y la dio con su nombre, Akber-Abad, tiene más extensión que Delhi, mayor número de esas hermosas residencia de omerahs y de rajahs, de caravan-serrahs y de casas lujosas de piedra y ladrillo pertenecientes a señores. Pero también tiene la desventaja de no estar amurallada y, no habiendo sido edificada con arreglo a un solo plan, no cuenta con hermosas y amplias vías de idéntica estructura que tiene Delhi. Entre las residencias de los grandes omerahs y de los poderosos rajahs hay magníficas arboledas, pues los rajahs tienen la costumbre de hacerlos plantar en los jardines de sus morada, y en corto número, naturalmente, en los patios de sus casas, a fin de tener alguna sombra. Y las altas residencias de los banyanes, o mercaderes gentiles, aparecen entre esas arboledas como vestigios de antiguos castillos situados en medio de los bosques, por

lo que hay perspectivas muy agradables, especialmente en un país árido y cálido, donde los ojos parecen no pedir más que verdor y sombra”.

La Puerta Sur es una de las más populares vías de entrada al Taj Mahal, crucé a través de ella en medio de una multitud de hombres y mujeres que, apretujados unos contra otros, trataban también de abrir un hueco liberador por el que poder acceder al interior de *Jilaukhana*: los primeros jardines del recinto sagrado.



Darwaza

Una vez dentro, continué avanzando hacia la Gran Puerta, o *Darwaza*, que conectaba la primera estancia con los inmensos jardines *-char bagh-* que ocupaban la espectacular explanada. El espacio, dividido en cuatro secciones simétricas, y atravesado por una pileta alargada que finalizaba en el gran mausoleo, ponía de manifiesto la sabiduría ancestral de los persas en relación al arte de la jardinería y al juego infinito del agua. Después de los jardines, llegué finalmente al domo.

Nuevamente Bernier nos invita a soñar cuando describe la entrada al Taj Mahal y su encuentro con el mausoleo. Lo hace en estos términos:

“Suponed que al salir de la ciudad de Agra, en dirección a Oriente, llegáis a una vía amplia, larga, pavimentada, que va ascendiendo suavemente y que tiene a un lado una alta muralla, que es la cerca de un jardín rectangular mucho mayor que nuestra plaza Real, y al otro lado una fila de casas nuevas en arcadas, como las de las principales calles de Delhi. Cuando se ha recorrido la mitad del muro, se halla a la derecha, por la parte de las casas, una puerta, bastante bien hecha, que da acceso a un karavan-serrah, y en el lado opuesto del mismo, una puerta magnífica de un gran pabellón cuadrado que da entrada al jardín por entre dos estanques revestidos de piedra de talla.

Después de avanzar algunos pasos en el pabellón para entrar en el jardín, se halla uno bajo una alta bóveda redonda que tiene en la parte alta galerías en derredor y en la parte inferior, a derecha e izquierda, dos divanes o estrados elevados de ocho o diez pies sobre el suelo. En la parte opuesta de la puerta hay una arcada que da

acceso a una avenida que casi corta todo el jardín en dos partes iguales. Por esta avenida pueden pasar de frente seis carrozas. Forman el pavimento grandes bloques de piedra.

Avanzando después a lo largo de la avenida se divisa un gran domo, donde está la sepultura y donde se ven, a derecha e izquierda, diversas avenidas de los jardines cubiertas de árboles y numerosos parterres llenos de flores.

Desde el final de esa avenida se descubren, además del domo, y a derecha e izquierda, dos grandes pabellones que están contruidos con la misma clase de piedra y que son, por consiguiente, rojo como los primeros.

Es un grande y vasto domo de mármol blanco de una altura aproximada a la de Val de Grace de París, está rodeado de numerosas torrecillas que descienden por grados. Cuatro grandes arcadas sostienen toda la estructura. Cierra la cuarta el muro de una sala, acompañada de una galería, donde los mullahs leen incesantemente el Alcorán, con un profundo respeto en honor a Taje Mehalle.

Por mi parte, no sé bien todavía si tendré el gusto un poco viciado por lo indio; pero creo que se debiera más bien incluir entre las maravillas del mundo ese mausoleo, que esas masas informes de las pirámides de Egipto, que me cansé de ver desde la segunda vez que me llevaron allí, y en cuyo exterior no encuentro más que pedazos de grandes piedras dispuestas gradualmente unas sobre otras y en el interior, con muy poco arte e inventiva”.

Me quedé allí, varado en el interior del mausoleo, custodiado por minaretes y mezquitas, rodeado de otras tumbas, éstas secundarias, que también habían llamado mi atención, contemplando la cúpula mayor y su tambor, la profusa decoración de flores de loto, las cenefas sobre las arquerías y las inscripciones del Corán diseminadas por doquier.

Después me senté al abrigo, sólo, de las palabras de Bernier, imaginando aquella explosión de belleza en medio de una realidad tan alejada de la actual, recordando a los miles de hombres y mujeres que dieron sus vidas por este impresionante lugar, trayendo a mi presente sus emociones, sus anhelos, sus esfuerzos quizá poco recompensados, pero alabando siempre su tarea y aplaudiendo el genio de su éxito.

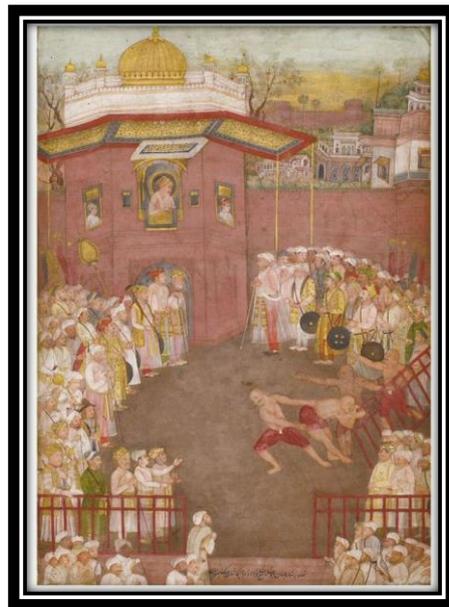
Había atravesado todo el complejo del Taj Mahal, comenzando por la Puerta Sur, siguiendo, raudo, a través de *Jilaukhana*, la *Darwaza* y los *Charbagh*, jugado, también yo, al juego infinito del agua, un juego que, en un momento de gloria inolvidable, se manifestó con la mayor de las furias, cristalizándose ésta en una imprevisible cuerda monzónica que barrió con violencia la explanada, cubriendo de gris la atmósfera que envolvía el magnífico edificio.

Pero a mí nada de aquel importaba ya. Más allá del feroz aguacero, aquel lugar increíble se había hecho con la memoria de mis lecturas, con mi inmediato presente y con un hueco en mi futuro que ocuparía el resto de mi vida.

Más allá del mausoleo, miré por encima de las aguas del Yamuna, como queriendo ver en su orilla opuesta el otro Taj Mahal, aquel otro imponente edificio imaginario decorado en mármol negro que, según la tradición india, habría deseado levantar en vida el emperador Shah Jahan. Lo proyectó y visualizó, como queriendo reunir, en un mismo paisaje, las dos naturalezas humanas; como pretendiendo dar fe, ante la eternidad, de la indisoluble unión de los opuestos, como deseando reafirmar a los siglos venideros su amor infinito por la que fuera su mujer, y todo ello pretendía realizarlo en el espacio de un solo horizonte.

A primera hora de la tarde abandoné aquel lugar y, a pesar de que la lluvia era intermitente, los rayos del sol aún podían resultar agresivos si uno se exponía a ellos abiertamente; no obstante, la luz iba retrocediendo dando paso a esas horas tibias del verano indio que son previas a la noche.

Había venido a encontrarme con el espíritu de Shah Jahan, y creía haberlo encontrado en el interior del Taj Mahal, pero deseaba también toparme otra vez con el *Kusthi*, con los viejos *akharas* y con los *pehalwanis*.



Miniatura. Kusthi

Todos los grandes emperadores mogoles fueron protectores de aquella cultura que llevaron consigo al llegar al Subcontinente Indio.

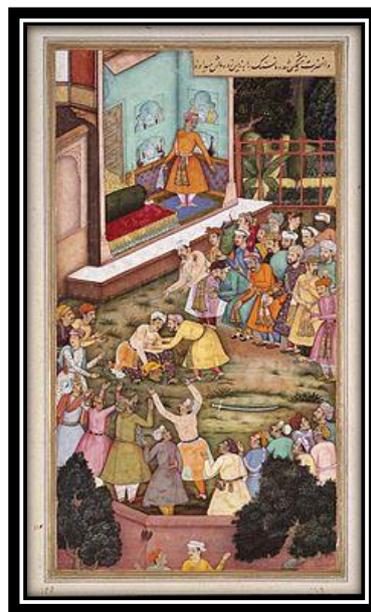
A lo largo de los siglos que ejercieron el poder, todos ellos promocionaron el arte en sus más diversas variables: arquitectura, pintura o música. Así mismo, popularizaron sus idiomas -persa, turco, urdu- y extendieron entre sus súbditos las costumbres de ocio y tiempo libre imperantes en sus lugares de origen.

En efecto, en el transcurso del reinado de los seis "*Grandes Mogoles*" -Babur, Humayun, Akbar, Yayangir, Sha Yajan, Auranzeg- y, posteriormente, de los conocidos como "*Pequeños Mogoles*", se impulsaron, con mayor o menor

intensidad, las formas de vida propias de Persia y Asia Central. Entre las prácticas más arraigadas en los pueblos de Asia Central, una de ellas, heredada de los esteparios mongoles del gran Gengis Khan, era, sin lugar a dudas, la lucha.

Estimada entre las élites no solo como una excelente actividad física sino, también, como un extraordinario ejercicio espiritual, la lucha estaba imbuida de principios éticos y morales con los que el luchador *-pehalwan-* afrontaba su propia existencia, encontraba su lugar en el entorno social al que pertenecía y daba sentido a su vida.

Además, la lucha tradicional se enraizaba en el sentir popular a través de un más que sólido código basado en la religión y muy en particular en la doctrina ascética del Sufismo. Las crónicas dan fe de esta conexión, citando escuelas de lucha *-akharas-* que se edificaban junto a mezquitas como signo evidente de un reclamo protector ante la naturaleza divina; también, al hecho de que algunos santos derviches mantuvieran lazos de amistad con los maestros de *Pehlwani* y con luchadores bien reputados dentro de los círculos de este arte marcial.



Escena de Kusti

Otros fueron, incluso, más allá de esta relación que ya mantuvieran en vida, siendo enterrados en las proximidades de los *akharas* en los que transcurriera gran parte de su existencia, como es posible observar en el de *Shahya Pahlwan*, en la Ciudad Lahore, en Pakistán, donde se encuentran las tumbas de algunos de sus más ilustres miembros.

Con la llegada de los mogoles al Subcontinente Indio, un hecho acaecido en el siglo XVI, el antiguo arte persa de la lucha, conocido como *Zur-Khaneh* o *Warzesh-e Pehlwani*, entroncaría con el no menos antiguo arte indio del *Mallayuddha*. La síntesis de ambas formas de combatir daría como resultado el *kusti*: un arte

marcial aún hoy plenamente vigente en los Estados de Punjab, Haryana o Uttar Pradesh, entre otros territorios del norte del país.

En el encuentro de las culturas persa, uzbeka e india, sus respectivas tradiciones también quedarían reflejadas en el *kusthi* y aspectos tan consustanciales a sus propias idiosincrasias, como el ascetismo del *faqir* sufí o el intenso trabajo corporal del *derviche*, se mezclarían con el concepto hindú del renunciante –*sannyasin*- otra forma de ascetismo inherente al pensamiento religioso indio que coincidiría, plenamente, con el planteamiento defendido a diario en la arena de un *akhara* de *Kusthi*, por imperar, también allí: la austeridad, una intensa disciplina mental, la frugalidad o el celibato.

Como hicieran sus predecesores –y también sus descendientes- Shah Jahan, quinto *Gran Mogol*, habría sido un mecenas para los exponentes de su cultura. En efecto, arquitectos, escultores, pintores, músicos, poetas y, por supuesto, luchadores, encontrarían su lugar en las cortes de Delhi y Agra. Otra de las artes que promovieron los imperialistas mogoles fue la pintura en miniaturas, originada en China y expandida por todo el Oriente gracias, inicialmente a los Mongoles de Gengis Khan.



Se dice que en India ya existía el arte de las miniaturas desde la época de los sultanatos y que sería el emperador Babur –primer *Gran Mogol*- quien introdujera allí el estilo de pintura de la Persia de Tamerlán, un estilo que terminaría fundiéndose con las formas locales generando con ello un arte nuevo.

A día de hoy, las numerosas miniaturas conservadas en museos y colecciones privadas suponen una excelente fuente de información para estudiar el arte de la lucha, pues a diferencia de las miniaturas *Rajput*, las mogolas ofrecen muchos y sustanciosos detalles, siendo su observación minuciosa una ventana abierta a un pasado glorioso, tumultuoso en lo político, pero vigoroso en lo cultural.

Había visitado varios *akharas*, tomado notas y entrevistado a algunos *khalifas*, pero la observación detallada de las miniaturas en libros y museos me había abierto los

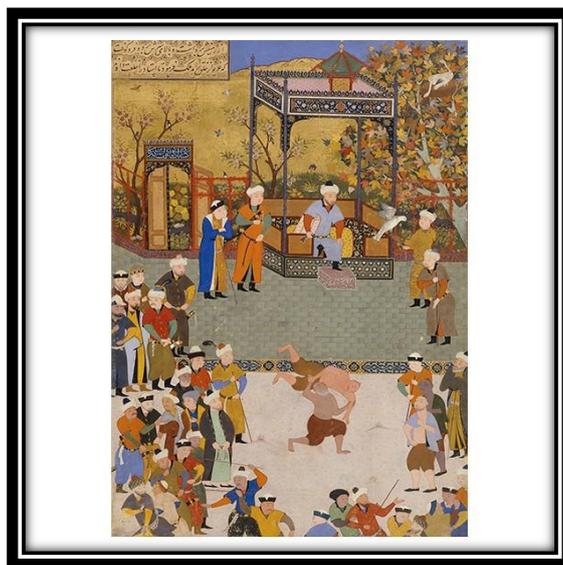
ojos a otros detalles y aspectos del *kusthi* que hasta entonces habían pasado desapercibidos en mi viaje.

Algunas de las anotaciones que registré en mi libreta de viaje son las que siguen a continuación.

El emperador habría promovido la práctica de la lucha entre aquellos que conformaban su guardia personal, y las demostraciones habrían sido algo habitual en los programas de festejos que se ofrecían a las autoridades o invitados especiales después de las recepciones oficiales, así como en actos o celebraciones propias de palacio.

En las sociedades regidas por los emperadores mogoles la religión principal habría sido el Islam y aunque algunos permitieron la coexistencia de las creencias autóctonas -*Hinduismo, Budismo, Jainismo o Sikhismo*- otros, como Shah Jahan, se mantuvieron firmes en sus decisiones, prohibiendo cualquier otra fe que no contemplara el Islam como principio supremo.

Al alcanzar la mayoría de edad -al modo del *Dastar Bandi* de los *Sihks*- los jóvenes tendrían libre acceso a una verdadera escuela de lucha -*akhara*- dirigida por un experimentado maestro -*khalifa*-.



En aquellos primeros tiempos la palabra *kusthi* aún no sería utilizada por los luchadores y para hacer referencia a esta actividad todos emplearían los términos originales: *Pehlwan* y *Mullayyudha*.

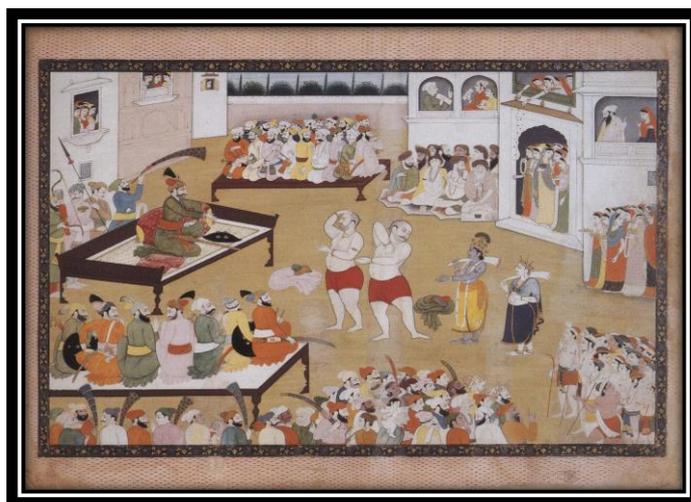
El camino para convertirse en un experto en la disciplina -*ustad*- comenzaría por lo más elemental: un comportamiento ejemplar tanto dentro como fuera del *akhara*.

La etiqueta *-abad-* sería, pues, una de las claves para poder entrar a formar parte del círculo más estrecho de alumnos del maestro *-patha-*.

Mientras se mantuviera dentro de la influencia del *akhara*, el nuevo discípulo se comprometería a mantener un estricto régimen de entrenamiento, alimentación y celibato *-langot ka pakka hona-*, una situación ésta que no sería transgredida hasta su retirada o abandono definitivo de la disciplina.

La opción de finalizar su instrucción y volver a su cotidianidad inicial lejos de la lucha le ofrecería la posibilidad de recobrar su libertad sexual, rompiendo con los votos del celibato. A este hecho se le denominaba: *langot kholna*.

Demostrar la valía como luchador en una competición abierta *-dangal-* sería una recompensa que llegaría después de años de intenso trabajo en la arena de la escuela *-maidan-*, un espacio sagrado que aprendería a cuidar, roturándolo y rastrillándolo cada mañana *-akhara godna-*, acarreando agua del río más cercano para pulverizar su superficie, mezclando hierbas aromáticas con la tierra mojada para impregnarla de agradables olores, otras veces, incluso, con plantas *ayurvédicas*, para obtener de semejante mezcla un antiséptico capaz de combatir las picaduras de insectos o serpientes.

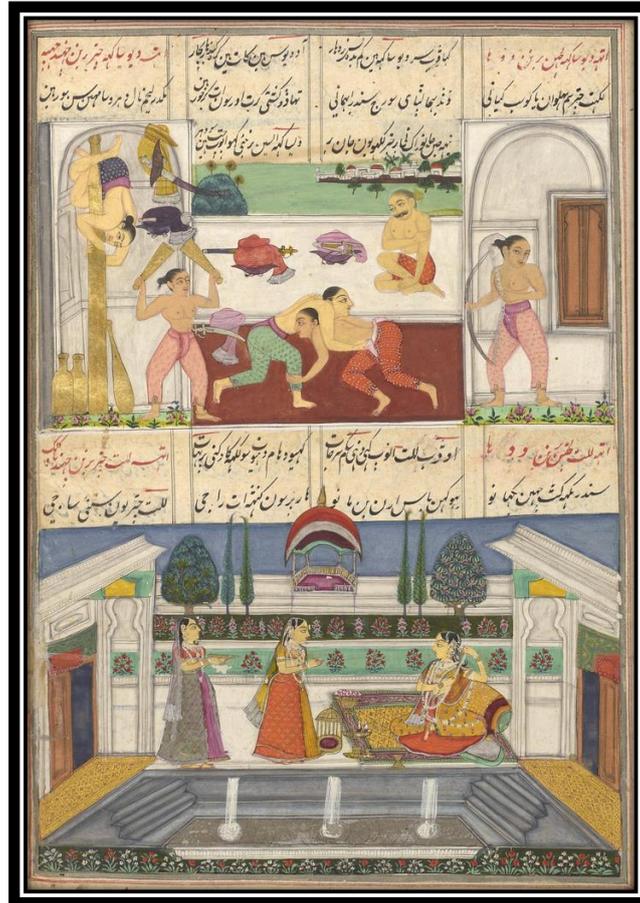


Los luchadores irían una o dos veces al día a realizar sus entrenamientos al *akhara* y, exceptuando el mes de *Ramadam*, esta asistencia sería casi sagrada, pues de ella dependería en gran medida su éxito final.

Antes de entrar en la arena del *maidan*, los practicantes ofrecerían sus plegarias a la divinidad, cumpliendo así con el rito ancestral que situaría en el centro del recinto al mismísimo Hazrat Ali, primo y yerno del profeta, siendo por esta razón que ese lugar se conocería como: *Ali ka maidan*.

Ante la exigencia física que supondría la práctica de la lucha cuerpo a cuerpo, los alumnos dedicarían gran parte de sus primeros años al desarrollo de la fuerza, la destreza de los movimientos y la agilidad.

Para conseguir semejantes facultades utilizarían muy distintos elementos, sometiendo sus cuerpos a un gran número de ejercicios: mazas pesadas de madera –*joris*-; piedras sujetas con barras –*gadas*-; cuerdas para realizar flexiones –*dor*-; pesos –*dambar*-; flexiones de brazos en piedra y con empuje –*dand*; flexiones profundas de rodilla –*shapata*-, etc.



A este trabajo se uniría el aprendizaje de los aspectos técnicos propios de la lucha –*zor*- y una dieta adecuada, basada en la ingesta de almendras, leche, yogurth, mantequilla de búfalo o carne, así como al consumo regular de una bebida denominada *sardai* consistente en agua con almendras –*badam*-, pimienta negra –*kali mirch*-, melón, pepino y semillas de calabaza –*char maghz*-, anís –*sonf*-, cardamomo verde –*sabz elaichi*-, distintos cominos –*kala zira* y *zira sufaid*-, semillas de amapola –*khashkhash*- y miel.

Existía, también, un jarabe para tratar las lesiones, de nombre *kara*.

Siguiendo este amplio espectro de disciplinas los *pahlwanis* alcanzarían finalmente el nivel codiciado, convirtiéndose ellos mismos en expertos luchadores –*ustad*- estando entonces plenamente capacitados para participar en una competición abierta –*dangal*-.

Fue a través de la observación de aquellas miniaturas que pude cerrar el círculo y complementar ambas polaridades: los libros y la lucha; la filosofía y cotidianidad; la acción y la reflexión.

Kenshinkan dôjô 2018